



Soplar sobre la herida

El misterio que esconde el dolor

Jorge Oesterheld

Grupo Editorial Lumen

Buenos Aires – México

Introducción

Este libro es fruto de un viaje a las Islas Malvinas en noviembre del año 2000 y de la reflexión que fue surgiendo en mí a medida que el tiempo fue pasando y que los argentinos nos fuimos metiendo en un pozo cada vez más profundo. Mientras la crisis se precipitaba en 2001 y 2002, fui experimentando que haber estado en las islas acompañando a familiares de combatientes caídos para siempre durante la guerra y haber caminado con ellos por los campos de batalla y llorado en el cementerio de Darwin, me había dado un punto de partida que me permitía entender y vivir la realidad de mi país de una manera distinta a la que tenía antes.

En la soledad de aquellas piedras talladas por el viento encontré de una forma extraña las raíces de nuestra manera de ser, de algunos errores en los que caemos convencidos de estar haciendo lo correcto, de los desencuentros, las cobardías y las grandezas.

Desde aquel rincón del fin del mundo se ven más claras algunas cosas sobre la forma que en general tenemos los argentinos de abordar nuestra historia y nuestro presente. En el caso de Malvinas, que tiene fechas, nombres y paisajes acotados, es más fácil descubrir los errores de punto de vista. Lo que vivimos hoy es tan trágico como la guerra misma: millones de personas empujadas a la pobreza, jubilados estafados y niños muriendo de hambre. Y todo esto no por un cataclismo meteorológico sino por nuestra propia incapacidad de convivir y establecer mecanismos e instituciones que aseguren la justicia en el sentido más profundo de la palabra. Pero este fenómeno lo tenemos tan cerca que la reflexión es difícil. Sobre todo es más complicado descubrir los errores que cometemos en la manera de encarar las cosas.

Después de la experiencia vivida en Malvinas estoy convencido de que ya no sirve hablar desde las ideologías haciendo interminables relecturas de ideas o conceptos. Políticos, militares, las derechas, las izquierdas y otros cuantos tienen sus visiones sobre lo que pasó y lo que pasa. Esas discusiones huelen al siglo XIX y hablan de una forma y de unos temas que ya no importan.

Tampoco sirven los análisis hechos desde un sentimentalismo superficial. Parece que el melodrama ha ocupado el lugar de las ideologías. Esta forma de análisis tiene hoy muchos adeptos porque para desarrollarla ni siquiera hace falta haber pensado o leído algo en la vida.

Se habla desde los sentimientos más superficiales y cada día se pueden decir cosas distintas porque siempre una nueva sensación reemplaza a la anterior. Esta tendencia está sin duda alimentada por la televisión que tiene una sorprendente capacidad para convertir la tragedia humana en espectáculo.

La reflexión desde este punto de vista está desenfocada, a mi parecer, no porque huela a siglo XIX como la anterior, sino porque no huele a nada, no es reflexión. A veces lo peor que nos pasa es el nivel lamentable de lo que se dice sobre lo que nos pasa.

¿Cómo volver a reflexionar seriamente sin convertirse en un catedrático del siglo pasado que dice cosas importantes que no sirven para nada? Ése es el desafío para quienes queremos pensar en lo que vive nuestra Patria. Creo que la respuesta se acerca si, en lugar de perdernos en intelectualizaciones o sentimentalismos, miramos la actitud con la que se hacen las cosas. No analizamos por lo general las actitudes y, sin embargo, ellas son claves en la vida y en la convivencia. En momentos de crisis tenemos que mirar las actitudes. ¿Por qué podemos sentirnos cerca de personas que tienen ideas muy distintas a las nuestras pero que comparten nuestra misma actitud?

Pero antes de hablar de las actitudes tengo que decir otra cosa. Soy cristiano, católico, sacerdote. Toda mi vida ha transcurrido en el ámbito de la Iglesia argentina a la cual amo, sufro y critico, como se ama sufre y critica a la propia familia, o a la Patria. No hablo ni pienso desde el lugar del escritor o el intelectual, ni desde el sitio del político o algún otro que no sea el mío. Soy un ciudadano argentino que mira todo lo que ocurre desde su lugar de cura.

Este lugar da un punto de observación distinto del habitual. Desde él se pueden palpar mejor algunas cosas. Por ejemplo, hasta dónde el prejuicio, con las actitudes que conlleva, empapa todas nuestras relaciones y las gobierna. Es también un punto de vista ideal para observar cómo en nuestra sociedad no importan las personas. Tenemos ideas muy distorsionadas los unos de los otros. El mecanismo de la descalificación funciona con una perfección asombrosa. “No existís”, “no existe”, son expresiones comunes a las que peligrosamente nos acostumbramos. En principio el otro no vale nada; sólo si demuestra su valor lo tendremos en cuenta. Pero lo consideraremos valioso para eso que demostró valer, no a él o a ella como personas.

Cansados de llegar tarde a todas las revoluciones y de mirar perplejos todas las transformaciones, no entendemos que el problema social ya pasó. No porque se haya solucionado sino porque ya se sabe que no tiene solución planteado como una cuestión económica, política o jurídica. El problema real es cultural. Es la crisis de la cultura - y con ella la de los valores - la que nos hizo pobres, no al revés. Son las actitudes las que nos separan, no las ideas. Nos estamos asfixiando en un pasillo cada vez más estrecho: es el laberinto de nuestros egoísmos y corralitos mentales. No es la falta de plata la que nos hace egoístas y crueles los unos con los otros, es el individualismo enfermizo el que nos ha hecho pobres.

Esto no se supera con exhortaciones a la generosidad: “tenemos que ser menos egoístas y más generosos”. No es un tema personal sino estructural. La cultura en la que vivimos es así. No sirve mostrar tal o cual persona generosa y ponerla de ejemplo para después decir que el cambio tiene que empezar por cada uno y entonces vamos a cambiar todos. Esto es cierto, pero es un arma de doble filo. Se usa normalmente en el discurso de los que más responsabilidades tienen con el objetivo, consciente o no, de diluir las responsabilidades entre todos. También es cierto que para que haya cambios individuales debe evolucionar la sociedad en su conjunto y que es esa evolución la que genera cambios estructurales importantes. Necesitamos reflexionar sobre lo que nos pasa desde el punto de vista cultural más que desde el individual.

La cultura en la que vivimos es la que nos da los elementos que nos permiten responder de determinada manera en distintas circunstancias. Comparar culturas es comparar las formas que tienen las personas de convivir, ayudarse, pelear, amar, hacer familias o forjar amistades. Los miembros de una comunidad que vive en el desierto tienen conocimientos adquiridos en común que les permiten vivir allí y que no poseen los de la comunidad que vive en la montaña. Una persona que vive en la selva se siente perdida en la ciudad, pero no es sólo el tema arquitectónico lo que le complica la vida; lo realmente difícil es que su cultura, sus códigos de convivencia y supervivencia son otros. Sus conocimientos y actitudes no están preparados para los desafíos que ahora tiene. Le ocurre lo mismo a quien vive en la ciudad y se encuentra en la selva: no sabe algunas cosas y comete errores al reaccionar de acuerdo con lo que sabe. Corre peligro y se equivoca porque actuando bien según sus conocimientos, en realidad puede estar actuando mal teniendo en cuenta la nueva situación en la que se encuentra. Las respuestas que tiene incorporadas han dejado de ser una ayuda y se han convertido en un obstáculo.

Desde las Islas Malvinas se ve más claro que culturalmente no estamos preparados para el dolor o el sufrimiento, a veces ni siquiera para las dificultades más simples. No es que no haya problemas y sufrimientos de todo tipo, digo que nos falta capacidad para enfrentar esas situaciones y que muchísimo dolor se evitaría si la desarrolláramos. Y esta falta de capacidad no está relacionada sólo con “falta de temple” o “espíritu de sacrificio” sino con errores en la forma de encarar las cosas. Con desconocimientos. Con no saber qué hacer.

¿Quién no ha escuchado o dicho que “lo que nos hace falta es una guerra”, “pasar hambre en serio”, o cosas por el estilo? Bueno, ya tuvimos guerras y tenemos hambre, ¿qué aprendimos? Para aprender no es suficiente la dificultad también hace falta responder bien a ella. La dificultad puede servir para madurar o para terminar de hundirse, la clave está en la respuesta que damos no en el obstáculo en sí mismo.

No aporta nada buscar culpables afuera y decir que nuestra cultura es así ahora pero que antes no, y que todo empezó con la televisión y las series americanas. Muchas sociedades que reciben la misma influencia de Hollywood tienen culturas muy distintas a la nuestra y sus ciudadanos son patriotas, construyen una cultura del trabajo y se respetan unos a otros como personas. Menos aún sirve hablar de crisis de valores y ponerse melancólicos recordando otras épocas, (¡ésas eran épocas!), como si “ésas” no fueran las madres de éstas.

No creo que sea muy útil seguir discutiendo sobre los valores que no tenemos, ni las discusiones sobre valores y anti-valores. Es más urgente mirar los que sí tenemos. ¿Qué es lo que realmente nos mueve? ¿Por qué hacemos o dejamos de hacer cosas? ¿Por qué estoy dispuesto a dar la vida? Quizás descubramos que no es que no tenemos valores, sino que nuestros valores son inconfesables. Declamamos unos valores, pero realmente nos mueven otros.

Juan Pablo II dice que la clave para conocer y explicar una cultura está en la respuesta que esa cultura da a las cuestiones esenciales de la condición humana: el sentido de la vida, el dolor, la muerte, la dimensión religiosa de las personas. Según esto, todo se ordena en última instancia a partir de la idea que se tiene de Dios. ¿Cuál es nuestro Dios?, el real no el declamado. ¿A qué Dios ofrecemos sacrificios? ¿Qué Dios nos mueve?

Si queremos respuestas que no suenen a libro viejo y ya sabido y olvidado no tenemos que buscarlas en los debates teóricos. Hay un

momento privilegiado para las respuestas de verdad: cuando el sufrimiento aparece con sus preguntas. Cuando la muerte anda cerca se caen muchas caretas. Tenemos que animarnos a mirar nuestras respuestas en esos momentos.

Todas las culturas tienen sus ritos fúnebres y allí los antropólogos descubren datos muy valiosos. Hace poco tuvimos dos guerras, una con ¿30.000? desaparecidos (aceptemos el número instalado culturalmente), y la otra con... ¿cuántos murieron en Malvinas?, en este caso no hay números convertidos en mito. Ahora mismo la desnutrición, la violencia, las enfermedades y muertes evitables son una realidad cotidiana, ¿Cómo afecta eso nuestros valores? ¿Cómo influye en nuestra cultura? ¿Vamos a quedarnos a vivir para siempre en el limbo de las ideas y de las explicaciones macroeconómicas? ¿Vamos a decir “qué barbaridad” y cambiar de canal?

Este libro propone, en primer lugar, reflexionar sobre algunos errores que me parece que cometemos a la hora de vivir experiencias de dolor y sufrimiento. En muchas ocasiones guardamos con devoción los dolores pero sin hacer nada por superarlos, entenderlos, ponerlos en una perspectiva que nos permita seguir adelante. Después nos detendremos sobre el tema de las palabras. En Malvinas se redescubre la importancia que tienen las palabras para curar. Hablar, escribir, compartir, para encontrar respuestas y no sólo opiniones, es una tarea irremplazable. Nuestra desconfianza en las palabras nos cierra la puerta de salida de muchas situaciones dolorosas.

También me pareció interesante mirar una extraña manera que tenemos de responder a la injusticia y los sufrimientos que vienen con ella. Nos indigna la injusticia, pero no ponemos pasión en la justicia, buscamos atajos. Dos de estos atajos son, en primer lugar, una solidaridad mal entendida y en segundo, un concepto muy confuso de lo que es el perdón y la reconciliación.

Finalmente, la narración de los momentos más inolvidables de esos días nos puede permitir volver a tocar y sentir el dolor que sigue vivo en ese lejano rincón de la Patria.

Lo que está escrito son mis reflexiones, pero lo que sirve es la reflexión que hagamos juntos. El drama que vivimos en nuestra Patria es suficientemente grave como para que todos sepamos que es poco lo que podemos aportar y que es muy urgente que lo aportemos. Quizás así empecemos a construir una cultura en la que los maestros y los sabios

sean aquellos que tengan la capacidad de transmitir la experiencia del dolor sin transmitir el dolor.

Después de Malvinas

*No sé quién pinta los cuadros en el lienzo de la memoria;
pero sea quien fuere, lo que pinta son cuadros.*

*Con lo cual quiero decir que lo que allí deja con su pincel
no es una copia fiel de todo cuanto ocurre.*

Él coloca y quita según sus preferencias.

*¡Cuántas cosas grandes las hace pequeñas
y cuántas pequeñas las hace grandes!*

*No tiene resquemor alguno en poner en el fondo
aquello que estuvo en primer término,
ni en traer al frente lo que estuvo detrás.*

En una palabra, está pintando cuadros y no escribiendo historias.

*Así, pues, mientras en el exterior de la vida pasa la serie de acontecimientos,
dentro se está pintando un juego de cuadros.*

Los dos sucesos se corresponden, pero no son uno.

(R. Tagore, Recuerdos)

Capítulo uno

La memoria y el dolor

La bronca es una alimaña que siempre quiere su parte de parásito cuando el dolor es muy grande. Tiene una extraordinaria capacidad de mimetizarse con el entorno y cuando se pone a merodear cerca de un dolor es difícil poder verla. Se pega al dolor y es difícil saber cuál es cuál. La bronca estimula al dolor y lo hace más grande para así alimentarse ella mejor. (escrito en Darwin)

La última mañana en las islas una de las madres del grupo hizo saber que no quería volver. Se quedaría junto a su hijo para siempre, se iría a caminar por un campo minado.

El dolor la había desbordado pero el grupo supo contenerla. Habían pasado 18 años de la guerra y las heridas estaban ahí, abiertas y sangrantes. Volver a nuestras casas parecía una aventura tan inmensa como el viaje hacia Malvinas, ¿qué hacer con el dolor?, ¿con quién compartirlo?, ¿cómo se sigue?

Si esas preguntas brotaban en mí, que apenas había rozado el doloroso misterio de esas islas, ¿qué podía haber en el corazón de quienes volvieron de la batalla?, ¿cómo no comprender que el dolor desbordara en el corazón de esa madre?

De una manera extraña uno se convertía en testigo casi involuntario de algo que no podía callar. Si aún hay alguien que desea caminar por un campo minado para que no duela más, no hay manera de hacerse el distraído. ¿Cómo cerrar el corazón y jugar a que ya pasó todo, como si lo de después y lo de antes no formaran parte del mismo dolor? Era testigo y no podía evitarlo. Había estado ahí y había visto.

Me puse a escribir porque creo en las palabras. La manera que tenía de conservar vivos esos recuerdos era hablar, escribir, poner en palabras

la memoria. Éste fue el primer tema que me impulsó al papel: la profunda y extraña relación entre la memoria y el dolor. En las islas experimenté cómo la memoria puede curar el dolor o multiplicarlo hasta el infinito.

No es fácil conservar la memoria cuando ella viene cargada de dolores, miedos, resentimientos, mentiras. Por una parte hay que conservar la memoria y por otra evitar que el mal y el dolor que vienen con ella nos paralicen, invadan nuestra vida y encuentren en nuestro corazón una casa nueva desde la cual seguir generando más frustración y más sufrimiento.

En general queremos olvidar porque los recuerdos dolorosos tienden a apropiarse de todo. Pero, por otra parte, es inútil ocultar lo ocurrido, tarde o temprano eso produce un dolor mayor. Entonces, ¿hay que olvidar o recordar?

La tarea es “cultivar” la memoria, dándole a la palabra “cultivar” el claro sentido que tiene cuando se habla de cultivar la tierra. Es como cuidar una planta y protegerla. Asegurarse que tenga agua y luz, pero también que los bichos o los yuyos no le impidan vivir. Cuidar el recuerdo de un dolor es vivir arrancando los yuyos de la bronca que le impiden crecer como dolor y lo convierten en otra cosa: odio, miedo, depresión y mucho más.

Con la excusa de “conservar la memoria” hace muchos años que cultivamos odios y rencores. Transmitimos de generación en generación dolores inconclusos. Al hacerlo así estamos logrando que los dolores que a nosotros nos afligen lleguen intactos hasta nuestros hijos. Nos hemos complacido en una forma de memoria que como potente ácido ha ido penetrando todas las relaciones sociales hasta sus más profundos entresijos. Nuestra historia, como todas, está tejida de tristezas y alegrías, logros y tragedias, pero nuestra obsesión por conservar en el congelador las frustraciones nos condena a un pesado sueño, siempre repetido, que nos hace volver a ver una y otra vez las heridas abiertas.

Recordar es una bella palabra que evoca la idea de “volver a traer al corazón”. Es allí donde las cosas se pueden guardar y cultivar, expuestas a la vida y creciendo con ella. Pero si en lugar de guardar en el corazón lo ponemos todo en el freezer de las ideas, los resentimientos, el brazo que no se da a torcer y la razón que estamos seguros de que tenemos, entonces sobreviene la pesadilla y el pasado es una morgue helada con cadáveres intactos.

Nos falta cultivar la memoria, guardar en el corazón, perdonarnos y perdonar. Pasar a los más jóvenes la experiencia del dolor, pero no el dolor. Enseñar con gestos, palabras y silencios que siempre se puede amar y que cuando el dolor pasa por la fragua del amor crece y se multiplica, pero finalmente muere.

Todos sabemos que lo ocurrido en Malvinas es inseparable de una historia más amplia, más compleja y más dolorosa aún. Pensar, escribir, volver a mirar las veces que haga falta nuestros dolores argentinos sin teorizaciones estériles, sin frases hechas, animándonos a profundizar, es una tarea que casi no hemos podido o querido hacer. No logramos hacerlo. Al no guardar lo ocurrido en el corazón no dejamos que entren en contacto esas realidades dolorosas y nuestra fe, cualquiera que ella sea.

Guardar en el corazón nos permitiría poner a dialogar cara a cara nuestro sufrimiento y nuestras creencias más profundas. Ese dolor debería poder dialogar con nuestras convicciones, estén éstas cerca de las derechas, de las izquierdas o de los centros. Debería poder hablar con los que no creen en nada, con los que creen en la violencia o los que creen en el dinero.

Hace tiempo que en las mesas de los debates se sientan las ideas, los intereses, las broncas, las ilusiones. Con el dolor nadie habla, es un invitado incómodo. Es más. La televisión - con su peor obscenidad - lo ha convertido en espectáculo, en talk show o en morbosas escenas policiales. El sufrimiento humano ha pasado a formar parte ¡del entretenimiento!, de lo que hay que ver. Al volverse un espectáculo nosotros pasamos a ser meros espectadores y esto nos aleja de cualquier compromiso; nos quedamos diciendo: “¡Qué barbaridad, las cosas que suceden!”. Ésa es nuestra pobre participación. Hemos transformado el drama en melodrama, la realidad en telenovela barata. No sólo estamos llenos de dolor, también somos expertos en ignorarlo. Hemos adquirido una pasmosa capacidad de observarlo sin conmovernos.

El melodrama es en muchos casos el torpe reemplazante de la ideología. Ambos desvían la atención de lo importante y son incapaces de sostener el desafío que implica un diálogo profundo y honesto. El melodrama desvía la tragedia hacia el terreno de la queja y la evasión, se queda en la sensiblería y el escándalo. La ideología se queda en la cabeza, en las ideas claras y distintas, reduce el drama de la vida a la categoría de “problema” y si la realidad no coincide con sus esquemas hay que forzarla hasta que lo haga. Sus esquemas son intocables.

En ambos casos, lo característico es la incapacidad de ver los obstáculos como un desafío que nos interpela a crecer, abrir la cabeza y el corazón; descubrir los significados en lugar de inventarlos; animarnos a llevar las preguntas hasta el final con valentía; buscar certezas por las que dar la vida y no opiniones para aguantar un tiempo.

A lo largo de la historia el hombre siempre ha convivido con el dolor y ha reflexionado sobre él. Ha reflexionado tanto el ser humano a partir de la vivencia dolorosa que para muchos el dolor ha sido una especie de exigente maestro que ha empujado al hombre a ser más hombre.

Buscando explicaciones se pensó en la culpa, el castigo, el azar. Buscando respuestas se ensayaron de todos los gustos. Desde los estoicos que lo vieron como un desafío a superar que mejoraba al hombre y lo engrandecía, hasta los mas pesimistas y trágicos que sólo proclamaron la resignación. Los tiempos y las culturas fueron cambiando la actitud ante el dolor y, aunque cada individuo fue dando su propia respuesta, ésta siempre ha estado enmarcada en una cultura concreta. La única manera de construir una respuesta personal es con los elementos que cada uno encuentra en su entorno.

¿Con qué elementos culturales disponemos hoy para enfrentar el dolor? ¿Qué hace nuestra cultura con él? A riesgo de simplificar un poco las cosas diría que si alguna vez alguien se toma el trabajo de ponerle un nombre a nuestro tiempo creo que podrá llamarlo: “la era de la trivialización del sufrimiento”. El dolor es en nuestros días algo fastidioso que hay que sacarse de encima. Pero no es el fastidio que provoca un maestro molesto que en su exigencia nos obliga a mirar lo que no queremos y poner manos a la obra. No. El dolor ahora es molesto como la música del vecino a todo volumen, o como el calor o el frío excesivos. Algo que hay que aguantar pero que no tiene ninguna relación con la vida personal o social. No pide otra respuesta que la queja y la protesta.

Así, el dolor y el sufrimiento humano se convierten en algo de lo que hay que huir. Pero como corre más rápido, nos alcanza. Y como no tenemos ninguna otra respuesta que no sea huir, nos enoja, nos amarga, nos llena de resentimiento. Pero la bronca no es contra él, que nos alcanzó, sino contra nosotros mismos por no correr lo suficiente, contra los demás, contra el mundo, contra Dios, porque no nos ayudaron. El resultado: corazones amargados, las patéticas caras que podemos ver en cualquier calle, la evasión estúpida o enferma, las violencias de todo tipo, y un largo etcétera.

Quienes volvieron de Malvinas se encontraron con una sociedad que no sabe qué hacer con el dolor. Ni con el dolor de la guerra ni con el fastidio de un corte de luz. Por eso no hay lugar para ellos entre nosotros. Y muchos excombatientes, para lograr un reconocimiento eligieron el peor camino: mostrar su dolor. Repetir una y otra vez su tragedia a un pueblo al que del dolor sólo le interesan los detalles morbosos. Cuanto más mostraron su dolor, más marginados fueron.

Algunos se quitaron la vida, probablemente al descubrir que el dolor del cual ellos no huyeron (porque no quisieron o no pudieron), sino que enfrentaron mirando la bandera y amando a su país, no significaba nada para aquellos a los que iba destinado. Para poder superarlo lo llenaron de significado. Pero las cosas nunca pueden significar algo para uno solo. Alguien tiene que ver ese significado y entenderlo. No puede una persona

sola con su propio pensamiento darle significado a las cosas, hace falta una comunidad que comparta eso. Al menos uno que no huya y que se detenga con amor a mirar, tomar la mano y sentarse en el suelo sin correr más, enfrentando la vida tal cual es. Sin escapar hacia la pavana o el resentimiento.

Tenemos un enorme trabajo por delante: cultivar la memoria, limpiarla, purificarla. Separar el recuerdo del dolor de muchas cosas que vienen con él, que se le parecen, que no son el dolor sino lo que ese dolor produjo en nosotros. A veces conservamos más vivamente en nosotros la respuesta que en ese momento dimos al dolor que el dolor mismo. Nos cuesta descubrir que podemos cambiar esa respuesta.

En realidad es el dolor el que nos interpela desde nuestra memoria y sigue vivo hasta recibir una respuesta. No cualquier respuesta, una, aquella que lo calme o lo haga desaparecer. No deberíamos quedarnos en respuestas rápidas, superficiales e individuales porque hay dolores que compartimos. Habría que buscar en nuestra cultura cuáles son las actitudes que hemos asumido como normales y que nos impiden crecer en la dificultad, superar y transformar las tragedias del pasado.

Capítulo dos

El dolor y el sufrimiento

"Cuando en el campo de concentración me pareció que no tardaría en morir, mi interés era distinto al de mis camaradas. La pregunta de ellos era: ¿Sobreviviremos a este campo? Pues si no, este sufrimiento no tiene sentido. La pregunta que yo me planteaba era algo distinta: ¿Tiene todo este sufrimiento, estas muertes en torno mío, algún sentido?, porque si no, definitivamente la supervivencia no tiene sentido, pues la vida cuyo significado depende de una casualidad, se sobreviva o no, en último término no merece ser vivida." (Víctor Frankl)

El viento está siempre presente y el frío empapa el alma, son una compañía permanente en las islas, pero no están solos. Hay otro personaje que no nos deja ni un segundo y que parece estar también en el aire: el dolor. A veces es nada más que eso, dolor, y se siente en la piel. Otras es algo más profundo, sufrimiento, emoción, un llanto que no sabemos de dónde viene ni qué nombre ponerle.

Para una de las cosas que puede servir hablar y escribir sobre estos temas, es que este esfuerzo nos obliga a matizar y distinguir entre los distintos significados que tienen las palabras. Es algo que hacemos habitualmente, cada tanto, en una discusión, uno se detiene y se pregunta ¿de qué estamos hablando? ¿Vos qué querés decir cuando decís tal cosa? Esto es natural y saludable, es una de las maneras que el ser humano tiene de aprender y crecer.

Sin embargo hoy, en cuanto nos ponemos a distinguir entre significados de palabras o intentamos aclarar conceptos, surge por lo general el gesto de fastidio: “ya empezamos a enredarnos y dar vueltas en una discusión inútil”. ¿Son inútiles las discusiones o nuestra pereza

mental ya ha logrado paralizarnos? ¿No queremos perder el tiempo o no nos animamos a meternos hacia adentro y hacernos preguntas?

El Papa Juan Pablo II en un texto que vamos a encontrar más adelante, cuando estemos en plena experiencia en las Malvinas, dice que el dolor y el sufrimiento no son lo mismo. La vivencia del dolor la comparte el hombre con los animales y quizás con las plantas. Pero el sufrimiento es algo humano. Tenemos el extraño privilegio de ser los únicos seres capaces de sufrir. El motivo de esto habría que buscarlo en algún rincón del corazón de Dios, pero, a primera vista, parece que esta prerrogativa tan exclusiva está relacionada con otra: también somos los únicos que podemos ser felices. Ambas cosas, a su vez, seguramente están relacionadas con una tercera: somos libres, podemos elegir. ¿Con muchos condicionamientos y límites?, sin duda, pero infinitamente menos condicionados que una piedra, una planta o un animal.

Quizás sirva un ejemplo para dejar más clara la diferencia entre dolor y sufrimiento: si le pego a mi perro, él procura ponerse a salvo para no tener que soportar mi agresión. Al perro le duele y su instinto intenta ponerlo a salvo. Estamos hablando de dolor, de algo físico. Los sentidos a través de su sistema nervioso le informan al cerebro del perro y éste está programado para escaparse o defenderse. Y así lo hace.

Pero si alguien le pega una cachetada (y ahora vamos a ponernos melodramáticos) a su madre, lo menos importante es el golpe, todo se desplaza de inmediato al terreno del significado y el tema no es el dolor sobre su mejilla sino otro muy distinto. Ahora estamos hablando de sufrimiento, de una infinidad de sentimientos que se mezclan. Frustraciones, miedos, envidias, viejas historias y una larga lista de cosas aparecen repentinamente para poder explicar o comprender lo ocurrido. Aparece un enorme porqué. Aparece un dolor que es mucho más que dolor. ¿Dónde duele?, en todas partes y en ningún lado. Sin duda una aspirina no sirve para nada. Sólo una cosa está clara: es urgente hablar.

Hay muchos procedimientos terapéuticos y productos farmacológicos para combatir el dolor físico, y según dónde y cómo me duela tengo distintos recursos para calmar ese dolor. Pero el sufrimiento en cambio no tiene una localización definida en el cuerpo. El dolor nos invade, a veces nos domina, lo queremos sacar de nuestro cuerpo. Sin embargo, con el sufrimiento pasa otra cosa: no se parece a algo que nos invade sino a algo que nos abandona, es carencia, vacío, ausencia; requiere apoyo; compañía; soporte; la presencia de alguien que compense lo que falta al que sufre. Exige palabras. Respuestas.

Puede algo doler mucho y no provocar sufrimiento: un buen ejemplo es el del parto. Puede algo no doler nada, (simplemente el otro dijo una palabra o me miró de determinada manera) y a partir de ahí desencadenarse un enorme sufrimiento. Sin dudas el dolor físico puede

producir sufrimiento y éste tiene también consecuencias físicas, pero no son lo mismo. La pregunta “¿por qué?” aparece en ambos casos pero de manera muy distinta. No es lo mismo averiguar por qué me duele la cabeza que por qué estoy angustiado. Encontrar una respuesta es la clave. En el caso del dolor ésta seguramente me conducirá a alguna forma de calmante o consulta médica sobre una terapia adecuada. Pero en el caso del sufrimiento es la respuesta misma la que ya contiene la medicina. Y hasta puede ocurrir que esa respuesta también me quite el dolor de cabeza.

Hace poco, en la televisión, encontré un buen ejemplo de esto. Una mujer había estado unos días secuestrada por unos delincuentes y pocos minutos después de ser liberada de su encierro fue abordada por los periodistas. La pregunta inevitable era si la había pasado muy mal pero la respuesta fue sorprendente y dejó sin tema al periodismo: “No, porque como al que buscaban era a mi hijo y me llevaron a mí porque él no estaba, yo todo el tiempo pensaba que lo que me estaba pasando a mí le tenía que estar pasando a él, y entonces le daba gracias a Dios de poder vivirlo yo en lugar de él”. Cuando los seres humanos hablamos desde el corazón siempre sorprendemos. Volvemos al tema de los significados. Esta mujer había encontrado una respuesta llena de sentido para lo que le ocurría.

El dolor nos invita a reflexionar sobre el cuerpo y a estudiar su funcionamiento; el sufrimiento suscita preguntas más profundas y nos abre un camino que conduce directamente a las grandes opciones de la vida. Sin quererlo aparece ante nosotros el tema de los valores, no como discusión de café sino como cuestión de vida o muerte. Ante el sufrimiento el hombre se interroga por el sentido y aparece una inquietud metafísica.

La otra cara del dolor es el placer, que también nos remite al cuerpo y los sentidos. Una de las grandes mentiras que inventamos y padecemos, es que está culturalmente establecido que para superar el sufrimiento hay que recurrir al placer; no vemos que estamos hablando de dos horizontes distintos. Es como querer curar un dolor de muelas yendo al psicoanalista o a misa. Estos recursos pueden servir para superar el sufrimiento pero no el dolor. Encontramos en el analista o en el cura ayudas valiosas para profundizar en nuestra alma y en el sentido de la vida, pero no hay allí nada útil para un tratamiento de conductos. Igual de disparatado es buscar en el placer la solución al sufrimiento y, sin embargo, ésta es nuestra propuesta cultural.

Esto se ve claramente en la manera que trata nuestra cultura lo sexual. El sexo se ha convertido en un refugio para escapar del sufrimiento. Como es el placer más directo y fácil de procurar se ha puesto en él la “compensación” de los sufrimientos de la vida.

Culturalmente el sexo es una especie de ansiolítico. Hace un tiempo me decía un jovencito: “padre, lo que pasa es que si no tengo novia no me puedo dormir”. El alcohol ocupa un lugar parecido, las drogas también. A-dicto es “el que no dice”, el que no puede hablar de algunas cosas y al no poder hablar queda atrapado en comportamientos compulsivos y reiterados. Por otro camino llegamos otra vez a las palabras.

Si el dolor es la otra cara del placer, ¿la otra cara del sufrimiento es la felicidad? Es interesante observar cómo va desapareciendo la idea de “felicidad” y va tomando su lugar el concepto de “calidad de vida” o de “bienestar”. Y tener calidad de vida es tener confort, no tener obstáculos, poder viajar y “hacer lo que quiera”, tener aire acondicionado, morirme en una clínica con buena hotelería y descansar de tan buena vida en un cementerio privado. Por encima de todo poder pasar por este mundo sin preguntarme nada.

La felicidad (la palabra huele a vieja) implica en cambio una decisión de superar los obstáculos y encontrar el sentido de una vida que puede convivir con las dificultades y el dolor. Lo cual no quiere decir que todos tenemos que irnos a la India a ser como la madre Teresa de Calcuta. Es algo más simple. Ya estamos conviviendo con el dolor, no hay que irse a ningún lado, hay que vivir lo mismo que estamos viviendo desde otro punto de vista. Probablemente haya que dejar de construir significados y animarnos a descubrirlos, dejar de buscar e intentar encontrar.

Víctor Frankl pone las cosas en su lugar cuando invierte el sentido de la cuestión: “El hombre no debería preguntar cuál es el sentido de la vida, sino comprender que es a él a quien se le pregunta”. Habría que animarse a bucear hasta el fondo de nuestro ser y encontrar una respuesta a la pregunta que nos hace todo lo que nos rodea: ¿qué sentido tiene tu vida?

Y en otro lugar el mismo Frankl profundiza: "El ser humano, en su existir, no va tanto en pos de placeres o de poder, ni siquiera de una plena realización de sí mismo, como de llenar su vida de sentido... Lo quiera o no, lo reconozca o no, el hombre cree en un sentido desde que comienza a respirar. Incluso el suicida cree en un sentido, si no de la vida, al menos de la postvida, de la muerte. Si de veras no creyera absolutamente en ningún sentido, ni siquiera sería capaz de mover un dedo o de tomar la determinación de suicidarse... El sentido ha de ser encontrado, pero no puede ser producido... y para encontrarlo el hombre es guiado por la conciencia" (Frankl V., "La presencia ignorada de Dios", Barcelona, 1981, p. 93, 102, 103).

En Malvinas todo nos pregunta sobre el sentido. No es una pregunta que sale de la boca de un filósofo que nos invita a pensar, más bien parece surgir de las piedras. No es tampoco una pregunta sobre el sentido de la

vida, de la muerte o de la guerra, como temas de debate y reflexión. Es una pregunta que se parece a esos misiles que persiguen a los aviones, nos persigue y apunta al centro de cada uno: ¿qué sentido tiene tu vida?, ¿qué hacés con tu vida en un mundo lleno de guerras, hambres e injusticias?

Capítulo tres

Palabras y respuestas

“Lo que él quiere es saber si su padre lo sabe.” (Antonio)

Siempre me gustó hablar, escuchar, escribir, leer. El fenómeno de la comunicación me resulta fascinante en todas sus formas. Pero fue la experiencia de Malvinas la que me convenció para siempre del poder de las palabras.

Somos hijos de una época empapada de racionalismo. La ciencia, la técnica, las cosas concretas con peso, medida y, sobre todo, precio, son lo único que existe. Mejor dicho: son lo único real. Existen otras cosas, algunas muy buenas, pero pareciera que no son reales.

Alienados por esta manera de ver el mundo, tenemos como las computadoras un sistema binario incorporado e infalible. El uno y el cero son lo racional y lo irracional. Sabemos distinguir entre ellos y cuando elegimos lo irracional lo hacemos como el chico malo que elige aquello que sabe que no debe, o como el chico bueno que, para tomarse un descanso y no pensar, agarra el control remoto y se pulveriza el cerebro durante un rato. En otra parte, acechando, está lo normal, lo que hay que hacer: manejarse con la cabeza y ser coherente.

Este esquema, omnipresente y dominante como una madre o un padre manipuladores, distorsiona nuestra visión y nos impide ver algo evidente: todo lo importante de la vida no es racional ni irracional. Es entendible por la razón, pero no se somete a su dictadura. Parece irracional, pero tiene una lógica implacable, aunque distinta.

La alegría, el miedo, el amor, la ira, el dolor, el sufrimiento, las palabras y los silencios, ¿hasta dónde seguir con la lista?, son realidades

misteriosas, no son irracionales pero sólo un razonamiento muy humilde y consciente de sus límites puede acercarse a ellas.

No sabemos qué hacer con el dolor y desconfiamos de las palabras porque entre nosotros no hay lugar para las realidades que no se dejan atrapar fácilmente por los conceptos. Casi esclavos de nuestro tiempo de blancos y negros, sólo distinguimos entre lo que es lógico y claro, y lo que es oscuro y confuso. No hay grises. No hay matices. Esta actitud nos deja sin misterios. Un misterio no es algo irracional (por lo tanto tampoco racional); es algo que sin ir en contra de lo que dice la razón, la supera. Nuestra cultura no comprende esto y por eso no valora las palabras - que son ellas mismas misteriosas - y además es incapaz de imaginar que el dolor pueda tener algún valor. Si estamos sumidos en el dolor y además nos parece inútil hablar porque desconfiamos del valor de las palabras, entonces sí que estamos en un callejón sin salida.

Es urgente recuperar las palabras y recordar que no todas ellas son lógicas y claras. Es más, muchas nos llevan a dar un paso más allá de sí mismas y nos conducen a lugares imaginarios que, sin embargo, iluminan situaciones cotidianas.

*Estamos como
en otoño,
sobre los árboles,
las hojas.*

Curiosamente este poemita de cuatro líneas se llama Soldados. Su autor, Giuseppe Ungaretti, lo escribió acurrucado en una trinchera durante la Primera Guerra Mundial mucho antes de ser un poeta famoso en toda Italia. Ordena las palabras de tal manera que logra transmitirnos la sensación de temblor de las hojas en el árbol, y del temblor que le produce la inseguridad y el miedo que comparte con otros jóvenes combatientes (“estamos”). Nos comunica la experiencia del dolor sin transmitir el dolor mismo y logra hacerlo con belleza. Además nos hace saber que nosotros conocemos ambos temblores, e incluso nos puede hacer temblar un poco al recordarnos que todos en la vida “estamos como en otoño, sobre los árboles, las hojas...”.

Las palabras nos transmiten sensaciones llenas de vida, sirven para esto tanto como para transmitir conceptos. Lo experimentamos a diario. Por eso debería resultarnos sorprendente el hecho de que se haya instalado entre nosotros semejante desconfianza en el poder de las palabras. Da la impresión de que las hemos sacado del mundo real. Una

convicción bastante extraña forma parte de nuestra cultura como si fuera algo natural y obvio: no sé bien por qué, estamos convencidos de que ante el dolor humano las palabras naufragan inevitablemente y que lo único que se puede hacer es “acompañar” al que sufre. Esto es más curioso aún cuando la experiencia nos muestra que lo que espera el que sufre es justamente una palabra. En el dolor surge más o menos explícitamente, con algunos rodeos, o solo en la mirada, la pregunta simple, casi infantil y terrible a la vez: ¿por qué?

Respondemos con un beso, con un abrazo o apretando la mano, y sin duda eso es maravilloso; pero creo que sería aún más bello poder acompañar el gesto con una respuesta. No hay que menospreciar la capacidad del que sufre ni pasar por encima de su pregunta como si no la hubiéramos escuchado. Como toda pregunta este “por qué”, va en busca de una respuesta, no sólo de un abrazo, también de una palabra. La oscuridad clama por un poco de luz. De las muchas preguntas que se nos hacen en la vida ninguna es más necesaria y urgente. ¿Cómo se hace para decir “no sé”? O, mejor dicho, ¿cómo se hace para decir “no sé” y seguir viviendo sin hacer nada por buscar una respuesta?

Inmediatamente se atropellan en nuestra cabeza toda clase de excusas: que es algo muy personal, que cada uno tiene que encontrar su propia respuesta, que las palabras no sirven en estos casos, que depende de la fe de cada uno. Todo esto suena a excusas. La pregunta sigue ahí: ¿por qué?

Recuerdo hace muchos años una mañana de sol en Madrid, con mi amigo Antonio y su pequeño hijo. Estábamos en un parque y el niño preguntó: ¿por qué todas las plantas son verdes? Su padre comenzó a explicarle con lujo de detalles el proceso de la fotosíntesis y el papel que la clorofila desempeñaba en tan complejo mecanismo. Como es lógico a las cuatro palabras de esa sofisticada explicación el chico estaba mirando para otro lado y cambiando de tema. Un poco sorprendido le hice notar que su respuesta no era apropiada para la edad de su ocasional discípulo de botánica. Pero Antonio, que era un gran padre y compañero inseparable de sus hijos, me dijo con el mismo tono que usaba momentos antes para explicar la fotosíntesis: “El niño no quiere saber por qué las plantas son verdes. Lo que él quiere es saber si su padre lo sabe. Y como yo lo sé debo decirle lo que sé”.

Mi amigo murió poco después en un accidente de avión pero sus palabras siguen vivas y actuando. No es una frase genial firmada por un gran filosofo sino algo de apariencia casual que surgió de un corazón

lleno de honestidad. En ese momento no podíamos imaginar ninguno de los dos que lo que acababa de decir iluminaría en muchas ocasiones mi vida y la de mucha gente. ¿Cómo? Es que cada vez que como sacerdote me encuentro ante el sufrimiento y aparecen las difíciles preguntas que lo acompañan, entonces vuelve a mi memoria la frase de Antonio y me digo: “Lo que esta persona quiere saber es si yo lo sé”. No pretende una frase clara y distinta que le explique su situación, quiere saber si yo lo sé. Si yo tengo una respuesta para mí.

Entonces, tratando de adaptarme al momento y al interlocutor intento transmitir lo mejor que puedo lo que sé. Y esto necesariamente implica unas palabras, un tono de voz, algunas ideas, conceptos o experiencias. Habrá más o menos tiempo, más o menos posibilidad de reflexión, puede ser un largo diálogo o un par de frases. Pero en cualquier caso serán palabras que -portadoras de un contenido - transmitirán una respuesta. No será la mejor respuesta si comparamos esas palabras con las que podría decir San Agustín o el Mahatma Gandhi, pero son mi respuesta. Las palabras de aquel a quien se le hizo la pregunta.

Lo que importa es que esa respuesta sea honesta. Tengo que contestar lo que sé sobre el sentido del dolor, de la muerte, de la vida. En mi caso lo que sé surge de lo que creo, de mi fe cristiana. Pero me parece bueno, en realidad la palabra es nuevamente “honesto”, decir que debo contestar “desde lo que sé” y no “desde lo que creo”.

En nuestros días, decir que uno habla desde lo que cree no significa que se expresa un conocimiento sino que se expresa una opinión. Cuando nos referimos a estos temas “yo creo” es igual a “yo pienso que” o “a mí me parece”. En el lenguaje común “yo creo” transmite más una duda que una certeza. Como no se considera posible una respuesta realmente válida para todos sino que se piensa que cada uno debe tener “su” respuesta y que cualquiera que sea es buena si a la persona en cuestión “le sirve”, se abandona la posibilidad de que realmente haya una respuesta y que alguien pueda hablar desde lo que sabe y no desde una opinión.

La fe, al menos la fe cristiana, nos da un conocimiento, no sólo un “me parece que”. Cuando los mártires se dejan matar no lo hacen por una opinión sino por una certeza, cuando una religiosa arriesga su vida en un leproso no lo hace porque “le parece que”, sino por algo que ve con claridad, por algo que sabe. Por algo que no puede analizarse con terminología científica pero que es real y que ciertamente no podemos descalificar poniéndole la etiqueta de “irracional”.

Cuando el que sufre pregunta ¿por qué?, normalmente se trata de alguien que ya tiene una opinión sobre lo que le pasa. Lo que quiere es pasar de la opinión a la certeza. Y lo que le sirve es encontrarse con alguien que tiene una certeza y no otra opinión. Pero esto no quiere decir que el objetivo es convencer al otro de abrazar mi fe. La certeza de mi fe cristiana puede fortalecer la certeza de una fe judía, de otra religión o también las convicciones de un ateo. Desde mi fe puedo ayudar a que el otro descubra un sentido nuevo o fortalezca su propia fe. A que vea aquello que lo conforma como un conocimiento que permite trascender el dolor y no sólo como una opinión que quizás, si tengo suerte, resulta que es verdad.

El dolor exige respuestas simples, rechaza las complicadas y las irracionales pero acepta las misteriosas. Es más, algo en el corazón que sufre dice que la respuesta es simple y misteriosa. Más que un paso de lógica que lo lleve de un razonamiento a otro sabe que debe dar un paso interior, pronunciar un sí, dar un perdón, confiar, amar... muchas cosas pueden ser, difícilmente sea “pensar”. Y todas ellas van a necesitar expresarse en unas palabras.

La clave del éxito de los libros de autoayuda y de muchos predicadores electrónicos está justamente en este punto: se saca el tema de lo racional, se le da una respuesta simple, se la expresa con una convicción absoluta y se fundamenta todo en “experiencias de vida”, nunca en conceptos. Lo que el que lee o escucha debe hacer no es entender sino creer.

El problema es cuando el contenido es irracional. Si en lo que hay que creer es en un mazo de cartas, en una estampita o en una cinta colorada, estamos en la antesala de la locura o la estupidez. Pero si se nos invita a creer en Dios, o en la ley de Moisés o en Jesucristo o las enseñanzas de Mahoma, estamos hablando de otra cosa: no se nos pide creer en algo irracional sino en algo que no es sólo racional.

Si miramos la esencia del mensaje cristiano y la forma de su difusión en los primeros tiempos, descubrimos que no hay en la metodología mucha diferencia con respecto a lo que hacen predicadores y autoayudistas. El cristiano cree en una experiencia: la Resurrección de Jesús de Nazaret. Es un dato histórico con referencia en múltiples fuentes, una “experiencia de vida” en la que se cree y a la cual se invita a creer. “Lo que hemos oído, lo que hemos visto con nuestros ojos, lo que

contemplamos y tocaron nuestras manos... lo que hemos visto y oído, os lo anunciamos...” (I Juan 1)

Sobre esa experiencia primera se elabora una prodigiosa construcción conceptual de tipo teológico, filosófico, moral, espiritual, social, etc., pero la clave es el hecho primero: creer en la resurrección de Jesús y a partir de ese hecho mirar toda su vida y su enseñanza. Ante el desafío del dolor la respuesta no es la reflexión sobre la resurrección sino el hecho en sí mismo. No son las frases de Jesús sino él mismo. Todo naufraga cuando damos por supuesto el hecho central de la historia humana y nos ponemos a explicar las racionalizaciones de ese hecho y todas sus consecuencias morales y de cualquier tipo.

¿Por qué a los cristianos se nos identifica más como los promotores de una moral y de un pensamiento que como los anunciadores de una respuesta ante el misterio del sufrimiento y la muerte? ¿No será que en muchos casos se cree más en la salvación que se conquista con una moral, o con una explicación coherente, que en la que se recibe como regalo del mismo Jesús? Ciertamente de la fe en la resurrección surge una moral, pero de una moral no surge una fe en la resurrección. En este caso el orden de los factores altera el producto. Los cristianos anunciamos primero una fe y luego una moral. Quizás nuestras afirmaciones morales sean incomprensibles para la mayoría de la gente justamente por esto. Si el punto de partida no es nuestra fe, somos como los amigos de Job, que encontraban explicaciones para todo, y no es eso lo que necesita alguien que sufre.

El sufrimiento humano nos desafía a buscar y encontrar palabras que sean una respuesta. Palabras claras en su forma de presentar el misterio, que no es lo mismo que palabras que pretenden explicarlo. Palabras cargadas de experiencia, que parecen pesar e inclinarse, como esas ramas llenas de frutos.

Capítulo cuatro

Injusticia y sufrimiento

“¡Ay de los que convierten el derecho en veneno y echan por tierra la justicia! (...) Por eso, esas casas de piedras talladas que ustedes construyeron, no las habitarán (...) Porque yo conozco la multitud de sus crímenes y la enormidad de sus pecados.” (Am. 5)

El dolor y el sufrimiento pueden tener muchos orígenes distintos y temibles. Quizás una de las peores caras del dolor humano es ese tipo de sufrimiento que se origina en la injusticia. No es lo mismo acompañar a un enfermo que estar junto a alguien que está mal porque lo han herido. Hay que buscar otras palabras y estar ahí con otra actitud. Pocas personas tienen tanta necesidad de un amor puro y desinteresado como aquellas que son víctimas de “los que convierten el derecho en veneno y echan por tierra la justicia”. Es importante, en un país en el que las instituciones que deberían garantizar la equidad y la igualdad ante la ley no cumplen con su función, mirar qué hacemos con esos torrentes de dolor que brotan de la injusticia.

Si observamos bien podremos descubrir que no sólo tenemos que convivir con demasiadas iniquidades sino también con algunas actitudes y errores de concepto, que están culturalmente instalados con mucha fuerza entre nosotros, y que no nos dejan superar los dolores que la injusticia causa. Desde la experiencia en Malvinas fui viendo que hay dos errores muy comunes que son claves y que nos impiden cerrar muchas heridas: me parece que estamos muy confundidos sobre lo que es la solidaridad y lo que es el perdón.

La solidaridad

Hay una actitud típicamente argentina que nos lleva a responder a las situaciones de injusticia con algo que llamamos “solidaridad”. Tenemos siempre a mano un discurso y unas acciones “solidarias” que en realidad son - en el mejor de los casos - beneficencia, y que se convierten, conscientemente o no, en una reafirmación de la injusticia y del sufrimiento que ella acarrea. Me refiero a esa solidaridad mediática de juntar colchones y frazadas en las inundaciones, útiles escolares a principio de las clases, joyas en la guerra y leche en polvo cuando la tele nos muestra chicos desnutridos. Una vez más, la injusticia convertida en espectáculo nos ha colocado en el lugar de espectadores. Pero además de la acción de los medios de comunicación, contribuye a que se tenga este concepto, la prédica y la acción de mucha gente que, desde iglesias y otras instituciones, fomentan una solidaridad que tiene sus raíces en la culpa o el miedo.

La solidaridad es otra cosa. “No es un sentimiento superficial por los males de tantas personas cercanas o lejanas. Al contrario, es la determinación firme y perseverante de empeñarse por el bien común, es decir, por el bien de todos y de cada uno para que todos seamos verdaderamente responsables de todos”. (Juan Pablo II S.R.S 39). O sea que no hay solidaridad en una cultura en la que existe una determinación firme y perseverante de empeñarse por el bien propio y cuando algo nos impacta mucho o las protestas nos ponen en peligro, descubrimos que “hay que ocuparse de los que menos tienen”.

Es evidente que muchas personas e instituciones tienen un compromiso admirable con el bien común. Pero lo que está instalado culturalmente como respuesta a la injusticia no es aún el compromiso solidario serio que implica una incansable construcción de la justicia como institución y como virtud personal y social.

La solidaridad es una actitud humana y que humaniza. Es decir, que brota de la raíz de lo que es el hombre y que en la medida que se desarrolla lo hace más plenamente humano. Por lo tanto: el crecimiento de una actitud no solidaria de despreocupación por el bien común, hace al ser humano progresivamente más inhumano. Para el desarrollo de una actitud solidaria no es suficiente la percepción de los males de la sociedad o de las desdichas de quienes forman parte de ella, ni la percepción de los peligros que implica para mi grupo una actitud de insensibilidad. Una actitud solidaria auténtica implica una aceptación de la propia riqueza personal y de la responsabilidad que eso tiene con relación al bien común.

La percepción de la injusticia es una oportunidad para que surja lo mejor del ser humano pero también lo peor. Si ante la injusticia reaccionamos con una solidaridad superficial, vamos engendrando profundos y dolorosos resentimientos. Y son esos resentimientos los que en verdad se convierten en “motores”, en impulsores de nuevas acciones aún más injustas.

No es a partir de una conciencia de culpa o de propia conveniencia que se pone en movimiento la solidaridad, sino a partir del reconocimiento de las capacidades que cada uno tiene y de la aceptación de esas capacidades como algo que se nos ha dado para compartir con los demás y no para regalar o imponer a los demás o, menos aún, para aprovecharnos de ellos.

Por esto, la primera manifestación de solidaridad es la constante, perseverante y hasta heroica búsqueda de la justicia. No es lo mismo la bronca que nos da la injusticia que tener pasión por vivir y actuar con justicia. Quien protesta por la injusticia que implica que su banco no le devuelva sus ahorros, pero no pone el mismo empeño en pagar impuestos y además hace lo imposible por pagar lo mínimo indispensable a sus empleados y si es posible en negro, no tiene la menor idea de lo que es la solidaridad. No hay una búsqueda de la justicia sino una defensa de sus intereses a costa de los intereses de los otros.

Hay algo profundamente distorsionado cuando la honestidad, la justicia, la solidaridad, se instalan en una cultura como algo anormal y digno de ser destacado como un comportamiento ejemplar. Ésas son características de todo ser humano, no de los santos de la Edad Media o de los próceres que “forjaron la Patria”. Para que ocurriera lo que ocurrió en Malvinas además de dictadores sin escrúpulos había un pueblo con los valores deformados. Para que mueran chicos de hambre, además de políticos delincuentes hace falta un pueblo integrado por gente con una determinación firme y perseverante de empeñarse por el bien propio.

Sin dudas hay excelentes obras en todo lo que se refiere a la ayuda a los más necesitados. Pero estas acciones no pueden debilitar o destruir lo que realmente es la solidaridad ni reemplazar la justicia como virtud ni como institución. En esto la Iglesia Católica tiene mucho para enseñar pero también para aprender. Es importante observar que lo primero que se asocia con la imagen de un cristiano no es la de alguien que se empeña incansablemente por el bien común, ni menos aún con la imagen de alguien que tiene una respuesta ante el dolor y el sufrimiento. Se nos

asocia sí con la idea de “hacer algo por los pobres”. Se aprecia la tarea de la Iglesia mientras se mantiene en el plano del asistencialismo, pero cuando se habla de injusticias, se hacen denuncias o se proponen alternativas, entonces se tiene la impresión de que “los curas se están metiendo en cosas que no les corresponde”.

El tema ya no es si hay que “meterse” en política o no. Ahora hay que mirar las cosas desde el punto de vista de la cultura y los valores. ¿Qué valores instala una solidaridad motivada por la culpa de tener más que los otros y que asocia la salvación eterna con frases como “la generosidad tiene que llegar hasta el bolsillo”? Seguramente si el motivo - lo que mueve - es la culpa o el miedo, los valores que de allí surjan no van a ser los mismos que los que nacen de una solidaridad motivada por la conciencia de que se es más hombre cuanto más atento se está a la justicia y a las necesidades de los demás.

No hace falta hacer un análisis sociológico demasiado profundo para afirmar que el cristianismo tiene una enorme influencia en nuestra sociedad. Este influjo tiene un aspecto superficial y torpe: la capacidad de llegar a los centros de poder e influir sobre ellos. Pero tiene otra cara: la enorme influencia en la creación y transmisión de valores. Esto se hace con lo que se dice, con lo que se calla y con lo que se actúa. Si la respuesta que está planteando el Papa a los problemas de la humanidad es la “globalización de la solidaridad” no podemos darnos el lujo de tener y fomentar una idea ambigua o poco clara de lo que es ser solidario. Especialmente no podemos dejar que se instale la falsa idea que presenta a una “solidaridad” esporádica y superficial como la respuesta habitual a gravísimas situaciones de injusticia.

Estos errores conceptuales tienen enormes consecuencias cuando sabemos que el tema del sufrimiento está en relación con el significado. En la elaboración del significado es clave el concepto claro y la vivencia concreta de ese concepto expresado en actitudes. Quienes volvieron de Malvinas no necesitan beneficencia sino justicia. Quienes tienen hambre también necesitan justicia. No es lo mismo ayudar porque se tiene lástima que porque se es justo. La diferencia de concepto se expresa en la actitud. Es en la actitud que tengo ante el otro y en la que tengo ante mí mismo, ante mi gesto y su significado, que se ponen de manifiesto los valores y los verdaderos motivos.

El perdón

La convivencia en paz y el crecimiento de las personas sólo son posibles si hay justicia, pero la justicia sola no alcanza. Especialmente si nos interesa responder al dolor y al sufrimiento tenemos que decir que la justicia es necesaria, pero no es suficiente.

El único camino para superar algunos dolores es el perdón. Pero para muchos es algo imposible, no porque no estén dispuestos a perdonar sino porque no saben hacerlo, en realidad no saben qué es eso del perdón. Nuestra cultura misma no sabe muy bien qué hacer con esta palabra y una de las razones por las cuales esto es así es precisamente la ausencia de justicia. Si no hay justicia, en muchos casos no puede haber perdón.

Por una parte se intenta superar la situación de injusticia con una solidaridad que en lugar de superarla la profundiza; y por otra, se intenta cubrir la ausencia de justicia con el perdón entendido como una especie de olvido de la justicia. Este camino también profundiza la injusticia y el dolor que viene con ella.

El perdón no es el olvido de la justicia, al contrario, necesita de la justicia. Una de las tragedias que vivimos en nuestro país es que durante tantos años no ha habido justicia para crímenes terribles y por eso mismo tampoco ha sido posible el perdón.

Sólo cuando la justicia llegue hasta todos los rincones, cuando se haya determinado qué pasó y quién lo hizo, cuando se haya juzgado y condenado, sólo entonces realmente podremos hablar de perdón. Porque perdonar no es saltarse la justicia sino ir más allá de ella. Los crímenes no tienen perdón, los criminales pueden tenerlo. Pero perdonar a un criminal no es liberarlo de la pena que le corresponde sino algo muy distinto y para muchos más difícil. Perdonar es tratar al criminal como a una persona a la que se está dispuesto a mirar de igual a igual.

Cuando el Papa perdonó al que intentó matarlo no pidió que se le alivie en algo la pena. Fue a visitarlo y le habló, lo reconoció como persona valiosa a sus ojos más allá de su delito. Si ese hombre no hubiera sido detenido, o si después de una breve detención hubiera sido liberado sin juicio, o si hubiera habido un juicio y luego hubiera sido indultado, ¿cómo perdonar? Justamente la condena y la pena hacen posible distinguir entre el crimen y el criminal.

Nosotros, enredados en obediencias indebidas y puntos que no son finales y atrapados por indultos que dan vergüenza, nos quedamos sin justicia y también sin tener a quién perdonar.

Cuando a un padre le torturan y matan un hijo, la cárcel y la reclusión perpetua de todos los implicados es algo absolutamente necesario pero también insuficiente. Queda la sensación de que falta algo más para que la herida se cierre. Esta insatisfacción que puede quedar después de cualquier condena es lo que a algunos inclina a propiciar la pena de muerte, sienten que este sofisticado y cruel mecanismo de venganza calmaría el dolor.

¿Cómo se supera esa desproporción que hay entre el crimen y la pena? No hay castigo suficiente para algunas cosas. Entra entonces en escena una salida para acabar con el dolor que es también desproporcionada y casi absurda: el perdón. Un crimen infrahumano que supera todas las capacidades de comprensión sólo puede ser respondido desde algo sobrehumano que va también más allá de nuestra capacidad de comprender. Perdón que ciertamente no implica quitar ni un solo día a la pena que corresponde sino que está en relación con una actitud; con un gesto interior del que es capaz el que sufre precisamente porque es un ser humano. Sólo necesita un corazón que pueda encontrar un significado, un motivo, un valor, que le permita dar ese paso.

Pero también son necesarias la justicia y el perdón por otro motivo: al no estar, en muchos casos, jurídicamente claro quiénes son los criminales tampoco se aclara quiénes no lo son. Cerca de los que cometieron crímenes había cómplices, que también merecen condenas, pero también había quienes pensaban como los criminales y que no cometieron delitos. La justicia es urgente también para esto: hay que distinguir entre los asesinos, torturadores, ladrones de niños y otros más; de los que en esa época no cometieron delitos pero sí errores, a veces muy graves, pero no crímenes.

No es lo mismo perdonar a un asesino o a sus cómplices, que a quien no mató a nadie pero que con sus ideas o posturas políticas o ideológicas acompañó a quienes eran delincuentes sin participar en delitos. Como la justicia no llega, hoy se les dice asesinos a todos, cualquiera haya sido el grado de participación.

El perdón de quienes se equivocaron sin delinquir, y que fueron demasiados, en realidad un amplio porcentaje de nuestro pueblo, es tarea de cada uno de nosotros. Muchos deberán perdonarse a sí mismos.

Si no distinguimos los distintos grados de responsabilidad caemos en una trampa de la que es difícil salir: la de pretender imponer un único

pensamiento sobre lo ocurrido, una única versión de la historia. La reconciliación, el perdón, implica castigo para los criminales pero también libertad de expresión y pensamiento para quienes desde las derechas o las izquierdas se equivocaron en juicios morales o políticos; en concepciones ideológicas que resultaron nefastas o posturas políticas que sólo trajeron más sufrimiento.

¿Cuántos se equivocaron apoyando la guerra de Malvinas? ¿Es lo mismo haberse entusiasmado con la guerra agitando banderas en la calle que haber tomado las decisiones que llevaron a la muerte a nuestros soldados por inconfesables conveniencias políticas? Las responsabilidades son muy distintas y lo que hay que perdonar también. Para perdonar a un criminal hace falta un gesto extraordinario, pero para perdonarnos los unos a los otros la infinidad de errores que hemos cometido, sólo necesitamos un poco de grandeza y humildad. Si lo hiciéramos muchos sufrimientos serían superados y podríamos mirar al futuro de otra manera.

Malvinas

*«El pájaro en la rama, el lirio en el campo,
el ciervo en el bosque, el pez en el mar,
las legiones innumerables de hombres felices,
proclaman con júbilo: ¡Dios es amor!
Mas por debajo, y como recogiendo todas estas voces,
como el bajo que brama dando fondo a todos estos claros sopranos,
se escucha, de profundis,
la voz de los sacrificados: ¡Dios es amor!»*

Kierkegaard, 1941

Capítulo uno

La llegada

La primera sensación es el viento en la cara. Momentos después se siente la tierra a cada paso, y la emoción, y las ganas de besar esa tierra dura que se adivina debajo del asfalto de la pista de aterrizaje. Al entrar en el aeropuerto aún uno no sabe que esa emoción tan profunda que casi nos impide hablar será una compañera permanente. Tampoco uno sabe que en pocos segundos ya ha conocido a los dueños de casa: el viento helado y la tierra dura.

Sí, ellos estaban aquí antes que las banderas y estarán también después. Ellos serán los anfitriones y poco a poco harán sentir su presencia en el paisaje cotidiano y en el alma. Serán compañía permanente que irá haciendo sin descanso su trabajo sobre nuestro ánimo. Sin saber por qué estaremos tristes y lloraremos; sin saber cómo se secarán las lágrimas y nos invadirá la dicha de sentir en la piel el alma del otro y de intuir la mano de Dios muy cerca; sin palabras ni pensamientos nos sentiremos conmovedoramente llenos de vida.

Éramos veintidós. En el grupo había veinte personas que eran familiares directos de caídos en la guerra, una coordinadora de la cancillería argentina y yo que acompañaba como sacerdote. Cuatro eran madres. Uno era padre. Diez eran hermanas y tres, hermanos. Una era esposa y uno era hijo. Historias, edades, orígenes distintos.

“¡Escucha! La sangre de tu hermano grita hacia mí”, dice la Biblia que dijo Dios a Caín. “Caín dijo a su hermano Abel: ‘Vamos afuera’. Y cuando estuvieron en el campo lo mató. Entonces el Señor preguntó a Caín: ‘¿Dónde está tu hermano Abel?’. ‘No lo sé’, respondió Caín. ¿Acaso yo soy el guardián de mi hermano? Pero el Señor le replicó: ‘¿Qué has hecho? ¡Escucha! La sangre de tu hermano grita hacia mí desde la tierra’.” (Gn 4)

No estamos haciendo turismo. Llegamos hasta este viento y esta tierra llamados por una sangre que grita. Es la sangre de Abel, es la sangre inocente cuyo clamor no hay manera de ocultar aunque haya sido derramada aquí, casi en el fin del mundo, en esta piedra helada convertida en misterioso altar. Fue derramada hace ya muchos años y se intentó el viejo recurso: taparla. Taparla con tierra, con papeles, con discursos, con silencios... pero todo es inútil. Los que ya no están siguen estando y cada día hablan más claro. El miembro amputado duele, el cuerpo recuerda.

El viento y la tierra nos irán presentando otros personajes: la sangre, el dolor, el misterio, el altar. Extraños personajes de una obra escrita con silencios más que con palabras. Una obra destinada a pocos espectadores y a la que no puede presentarse con la conocida frase: “cualquier semejanza con la realidad es coincidencia”.

Hemos llegado a las Islas Malvinas, a las Falkland Islands, a las Islas Falkland o a las Malvinas Islands. La sangre derramada ha confundido su nombre. Sangre de isleños, de argentinos, de ingleses. Sangre de Abel derramada a control remoto por lejanos, poderosos y cobardes caínes. Nada será como en otros viajes.

Estamos en un aeropuerto militar. Es el 15 de noviembre del año 2000. Son las dos de la mañana. Llenamos papeles con nuestros datos y los prejuicios sobre una recepción hostil comienzan a desvanecerse. Todo es amabilidad y corrección. Sólo un límite: no sacar fotos ni filmar. El trámite es más rápido de lo previsto. Casi no hay control del equipaje. Al presentar el mío, el militar que tengo enfrente me mira con sorpresa, me reconoce como sacerdote y hace un gesto que dice que puedo pasar. Wellcome. Gracias.

Luego el ómnibus y un viaje de unas dos horas. El silencio es elocuente. Todos tratan de mirar algo en la noche oscura. Sólo el borde de algunos montes se puede adivinar cuando empieza a clarear el cielo. La emoción aumenta. Esas madres y ese padre están respondiendo a un llamado hecho hace 18 años desde esta tierra. Son mayores, algunos tienen los achaques propios de la edad. Pero ahí están, respondiendo al llamado. Finalmente pueden llegar hasta ese lugar helado en el que sus hijos soñaban con su hogar. En el grupo también hay hermanos que escuchan el llamado de su hermano. Son más jóvenes, es otro dolor, es otro silencio y son otras preguntas. Muchos necesitan poder responderles a sus hijos, decirles que estuvieron allí, con el tío. Hay también una esposa que lleva sus preguntas y las de sus cuatro hijos. Hay un hijo, que tiene que hablar a sus hijos de su abuelo y que al día siguiente llamará

por teléfono a su madre, que a su vez escuchará la voz de su hijo que le habla desde una cabina ubicada junto al mar en el que cayó su esposo piloteando un avión de combate. “Y, nos emocionamos un poco”, me dirá con el pañuelo en la mano al devolverme la carísima tarjeta telefónica que usábamos entre los dos.

Capítulo dos

Puerto Argentino

El alojamiento era en una posada en la que había que compartir las habitaciones y éramos todos muy distintos. Personas completamente diferentes que teníamos que poner en común, por unos días, realidades muy profundas de nuestras vidas en un contexto extraño y cargado de significaciones. Eran más o menos las cuatro de la mañana y llegábamos silenciosos a esa pequeña ciudad de casas de colores. El cielo estaba lleno de nubes pero se notaba la luz, en ese confin de la tierra en verano casi no hay noche. El viento, siempre presente, nos seguía a todas partes.

Pese a las dificultades la actitud de todos fue excelente. Mi sensación era de sorpresa. Pensaba que la convivencia sería más difícil. Todavía no había aprendido algo que me enseñarían esos días: a distinguir para siempre en mi vida el sufrimiento de las quejas. Los que sufren en serio se quejan poco. Cuando se llega al lugar donde la guerra realmente estuvo y con personas en las que ese dolor aún vive, importan poco la falta de baño, la puerta rota, el espacio reducido. Los dueños del lugar fueron amables, para ellos tampoco era fácil. Los miedos sobre una recepción hostil seguían diluyéndose.

Apenas dormí un par de horas y salí a caminar. Serían las siete de la mañana, a las ocho había que desayunar y a las nueve salir hacia el cementerio de Darwin. Caminaba solo. En realidad estaba solo por primera vez después de muchísimo tiempo. Para ser sincero me parecía que hacía un siglo que no tenía un minuto de intimidad. Para mí son importantes los tiempos de soledad y estar siempre con gente me agobia un poco. No había un alma en la calle. Mucho viento y mucho frío. Instintivamente caminé hacia el mar que estaba a una cuadra. Tenía ganas de llorar y no sabía por qué. “Dios mío, ¿qué hago acá?”

Es común que nos pregunten a los curas cómo hacemos para estar tantas veces en la vida muy cerca del dolor. Nos dicen: “¿Cómo hacés para bancarte todo lo que tenés que escuchar?”. Cuando contaba que iba a ir a Malvinas con un grupo de familiares a celebrar la misa en el cementerio de Darwin muchos se admiraban y me advertían sobre lo

difícil que sería. Y después del viaje muchos me preguntan sobre lo que sentí en esos días. La verdad es que no es tan heroico como parece. Lo difícil de ser cura no es el momento de la confesión o de la visita a un enfermo o del velatorio; lo que importa es vivir de una manera que te permita hacer eso con sencillez y normalidad.

“Dios mío, ¿qué hago acá?” Cuando se tiene la oportunidad de acompañar a otras personas en el momento del sufrimiento uno se alegra de tener la fe que tiene y de encontrar en la Biblia tantas palabras que ponen luz en el dolor. Siempre es extraordinario ver cómo la Biblia se toma tan en serio el sufrimiento humano, no se escapa del problema, no mira para otro lado ni propone caminos de evasión. En la Biblia, como en la vida, el sufrimiento humano está presente como algo que no debería estar.

Es misterio que deja sin palabras y no se proponen soluciones simples o frases hechas como consuelo. No encontramos en esos textos ninguna de esas respuestas convencionales y vacías a las que nos ha acostumbrado esa atmósfera de cristianismo superficial en la que vivimos. Profetas, sabios, mártires, santos, nos hablan deshechos por el sufrimiento pero sostenidos por su fe y nos conducen de la mano hacia el misterio que se esconde en el dolor. El mismo Jesús se muestra sensible a todo dolor humano; nunca es testigo de un padecimiento sin quedar conmovido, pero no siempre lo suprime sino que lo consuela y es capaz de cambiarlo en alegría, pues en sus enseñanzas el dolor prepara para recibir el Reino, para entender su Palabra, para conocerlo a Él.

“Dios mío, ¿qué hago acá?” La pregunta vuelve una vez más y las respuestas que otras veces sirvieron no aparecen. El viento y el frío sacan algunas lágrimas de mis ojos. Siento cómo instantes después el mismo viento las seca sobre mi cara. Algo me recuerda el gesto de soplar sobre una herida para que se seque, se alivie, se cure. Repentinamente aparece la respuesta: soplar la herida. Eso es, ¿qué hago acá? Soplar sobre la herida.

Poco a poco fueron apareciendo otros que no podían esperar más en el hotel y habían salido a caminar. La señora América, mamá de un soldadito, se acercó a mí cuando estaba por entrar en la Iglesia Anglicana y me acompañó. Casi no hablamos y nos pusimos a rezar. El templo era muy acogedor e invitaba a la oración. Ella y su hija, Indiana, que la acompañaba, (sus nombres se cargaban de riqueza simbólica en ese lugar) fueron de las que estuvieron en todas las misas y eran también de las que estaban más acostumbradas a una práctica religiosa. Con la

emoción siempre presente en la mirada tenían ese tipo de fe que tanto conmueve: la fe de los que siguen rezando al mismo Dios que una vez los desilusionó.

En realidad ésa era la característica de la mayoría de los que integraban el grupo y por eso los momentos de oración tenían tanta intensidad. Ésa fue también una de las mayores riquezas que recibí en esos días. Al mezclarse mi fe con la de gente tan creyente mi fe salió fortalecida y purificada. Como el fuego purifica el agua al hacerla hervir y elimina así todo lo que no es agua, así esa fe pura, incandescente, purificó la mía tantas veces contaminada de superficialidades o comodidades.

Sí, esas personas, como Job en la Biblia, confiaban en el mismo Dios que los había desilusionado y los había dejado de su mano en el momento de la desesperación.

Ya sé que Dios nunca nos deja de su mano y que nos acompaña siempre. Pero no es ésa la sensación que tenemos en algunos momentos y es maravilloso que la confianza en Dios sea una vivencia más fuerte que la sensación de abandono de Dios que se puede tener el día que se pierde un hijo. Esas personas que tienen esa manera tan pura de creer recuerdan la fe de Pedro. Cuando Jesús les pregunta a sus discípulos si ellos también se quieren ir Pedro contesta: “Señor, ¿adónde vamos a ir?, sólo tú tienes palabras de vida eterna”. Jesús había dicho en su discurso cosas muy difíciles de aceptar. Todos lo dejan. Lo toman por loco como seguramente lo haríamos nosotros. Y cuando Jesús pregunta a sus amigos si ellos también se van, Pedro no dice, “no, nosotros nos quedamos porque estamos de acuerdo con lo que acabas de decir, nos parece muy bien”; no, dice “¿adónde vamos a ir?, sólo tú tienes palabras de vida eterna”. No entendió nada, como los que se van, pero se queda. Se queda apoyado en una intuición, “palabras de vida eterna”. Se queda porque no tiene otra cosa que valga la pena, “¿adónde vamos a ir?” Junto a ese extraño carpintero hay algo que es bueno vivir. Es conmovedor ver repetirse esa fe de Pedro en personas que están cerca de uno, era emocionante verla ahí en esas islas tan remotas y desoladas. “*Los confines de la tierra han contemplado el triunfo de nuestro Dios*” (Salmo 98, 3).

Cuando fuimos a desayunar encontré a don Rolyne, un chaqueño morocho y con el pelo blanco, con pinta bien de criollo, que compartía con un carpintero kelper los problemas que se presentaban en la colocación de una puerta a la entrada del hotel. La escena era

sorprendente y muy graciosa. Cada uno hablaba en su idioma y ninguno de los dos conocía ni una palabra del idioma del otro, pero en las dificultades prácticas que se presentaban para la correcta sincronización de unas bisagras lo dos coincidían con señas y gestos. Las manos de ambos estaban acostumbradas al trabajo y parecían entenderse en su propio lenguaje.

Las manos chaqueñas se habían acostumbrado al trabajo en el taller mecánico que don Rolyne tenía en su pueblo, que, imaginado y nombrado en esas islas, parecía quedar en otra galaxia. Era el mismo taller en el que había crecido su hijo, quien poco a poco había demostrado que era capaz de darse maña y hasta superar al padre. Era grandote, tenía mucha fuerza. Justo unos días antes de que lo llamaran para ser héroe había levantado un motor. Un motor “de esos que hay que levantar con cadenas, ¿vivo, padre?”, “él solo lo levantó”.

Esas manos ahora sostienen siempre un pañuelo que desde hace dieciocho años seca lágrimas que parecen de oro en ese rostro que tantas veces miró la puerta del taller esperando que por un milagro apareciera su muchachote. Había rezado tanto que su hija Marta había terminado siendo catequista. Y allí estaba también ella, en Malvinas, con su padre, ayudándome a preparar las cosas para las misas y con más fuerza que yo para leer las lecturas.

En la misa que celebramos la segunda vez que fuimos al cementerio, urgida por su padre tuvo que sacar una foto apenas terminada la consagración porque él quería esa foto en ese momento. Él se paró a mi lado y le dijo “acá, con Dios”. Ya el profeta lo había dicho: “*Y será llamado Emmanuel, que significa Dios-con-nosotros*”.

Cuando terminábamos el desayuno aparecieron Yamilé y Corina, eran hermanas y estaban siempre tan juntas que les decíamos “las siamesas”. Llegaban tarde a todas partes con sus enormes sonrisas. Fueron la alegría del grupo.

Corina era azafata y estaba embarazada. Me pidió que bendiga su panza, al día siguiente, en Mount Longdon, muy cerca de donde, según todos los indicios que ellas tenían, había muerto su hermano, el tío. Lloramos mucho los tres, sin saber si lo hacíamos de dolor por esa joven vida perdida en esa tierra helada o de emoción por esa nueva vida que latía en la calidez de su madre. La vida sigue.

Esa mujer embarazada, abrazada a su hermana y de pie en la cima de ese monte agujereado por las bombas y las trincheras, lleno de cosas rotas y desechos de guerra, era un símbolo del triunfo de la vida.

“Dios dijo a Caín, ¿dónde está tu hermano? Y respondió Caín: ¿soy yo acaso el guarda de mi hermano?” “Sí, Caín, vos eras el que debía cuidar a tu hermano”, contestan sin decir una palabra Yamilé y Corina desde arriba del monte. La Palabra de Dios sigue viva en la historia de los hombres.

Capítulo tres

Darwin

Finalmente, salimos con rumbo al cementerio en dos combis color bordó. Las distancias son más largas de lo que uno se imagina y los caminos por momentos eran sólo una huella. Llevábamos lo necesario para hacer un almuerzo. Cuando desaparecen las últimas casas uno tiene la sensación de que en cualquier momento puede aparecer un dinosaurio como los de las películas. El lugar no parece haber sido tocado jamás por la mano del hombre. Esto produce una cierta inquietud y fascinación.

Miramos mudos el paisaje. Algo recuerda las fotos de la luna. Al mirar esa desolación se tiene la impresión de que en ese lugar la creación se detuvo el día que el Creador separó la tierra de los mares. Sólo parece existir el soplo de Dios sobre la tierra seca y el mar misterioso. Viento, tierra, agua. Nada más. Y no era el viento que sopla sobre una tierra fértil y regada de agua de lluvia. Era viento duro e implacable, tierra seca, una piedra junto a otra, y agua salada y también misteriosamente dura.

Algo se agita adentro y aparece la palabra del salmo pronunciada hace mas de tres mil años: “Como tierra reseca, agotada, sin agua, así te busca mi alma a ti, Dios mío” (S. 63, 2). Estas palabras surgieron en el desierto que empujó al pueblo de Israel a la reflexión sobre cosas esenciales. Aquí ocurre algo similar. Nada invita a la evasión, a cada paso surgen preguntas sobre el sentido. El sentido de la guerra, de la vida, de la muerte, de estar ahí en ese momento. No son islas en el Caribe que invitan al relax, a no pensar, a olvidarse por un tiempo de las preguntas incómodas. En las Malvinas nada es cómodo, no hay lugar que mueva al placer ni posibilidad de intelectualizar nada, todo empuja a la reflexión que brota del corazón, y a la oración.

En el interior de la combi el paisaje está formado por esos rostros serios. Es como si ahí estuviéramos viviendo el otro extremo de la historia. Aquí no es el segundo o tercer día de la creación. Aquí, una vez más, todo es emoción, vida a la que ya no le alcanza el cuerpo, ojos húmedos, silencios que se pueden oír. El aire está lleno de vida que se adivina. Cualquier gesto significa, las palabras apenas sirven. No sopla

el viento helado; hay un viento cargado de vida y nuestros sentidos perciben su paso. Es un aire que toca la herida. Los corazones lastimados perciben algo que cura. El viento del Espíritu pone ahora una vida nueva. Dios es amor. Es el penúltimo día de la creación.

El viaje duró unas dos horas hasta la base militar de Mount Pleasant en donde nos detuvimos para descansar un poco. Allí estaba el aeropuerto al que habíamos llegado a las dos de la mañana y ahora eran las once. En realidad el camino recorrido era el mismo pero ahora lo habíamos hecho con luz. Nos faltaba una hora más de viaje hasta Darwin y en el cementerio no había baños ni ningún tipo de instalación así que había que detenerse un rato antes de seguir. Entrar en una base militar cualquiera genera sensaciones especiales, pero entrar en una base militar inglesa en las Malvinas para un grupo como ése era una experiencia fuerte.

Además de la emoción del momento, durante el viaje yo tenía otros problemas más prácticos. ¿Cómo iba a hacer para celebrar la misa en ese contexto?, ¿qué iba a decir?, ¿qué textos leer? Revisaba el ritual para las celebraciones de difuntos y nada me parecía adecuado. Ya lo había mirado cien veces, estábamos llegando y yo no podía encontrar una palabra en mi interior para decir ni un texto para leer. Un murmullo de mis compañeros me hizo levantar la vista y lejos, fugazmente, pude ver el cementerio sobre un lugar un poco elevado, como en la ladera de un monte pequeño. Un monte, el sermón del monte, las Bienaventuranzas. Había encontrado el texto. En realidad me lo habían mostrado.

“Argentine Cemetery”, dice un cartel blanco al costado del camino de ripio. Una pequeña flecha indica la huella que sale hacia la izquierda. Cementerio, la palabra quiere decir “dormitorio”, es una palabra cristiana. En Roma, antes se los llamaba “pudritorios”. El lugar en el que duermen, el lugar en el que se pudren, no es lo mismo. La fe en la Resurrección de Jesús transformó el significado de la muerte y por eso para los cristianos los muertos duermen hasta el día en el que serán despertados. “Yo soy un ciprés siempre verde, dice el Señor, y por mí se halla fruto en ti.” (Oseas 14, 9) El ciprés, siempre verde, era símbolo en la Biblia de Dios mismo y símbolo de la vida que sigue, que soporta el invierno esperando la primavera sin perder su color. Por eso los cristianos los pusieron en los cementerios como recuerdo vivo de la permanencia de la vida. Con su silenciosa presencia, el ciprés dice que ese lugar es un dormitorio.

En el cementerio de Darwin no hay cipreses. Sólo cruces blancas, vacías. Algunas tienen nombre pero la mayoría dice en inglés: “Un

soldado argentino que sólo Dios conoce”. Hay muchas flores artificiales y rosarios de plástico llevados por los pocos argentinos que pueden llegar hasta ahí. En el lugar más alto hay una gran cruz, también blanca y junto a ella muchas otras flores artificiales. Entre ellas hay unas pequeñas coronas de flores rojas con leyendas en inglés iguales a las que hay en el monumento a los ingleses caídos en combate que está en Puerto Argentino.

Junto a esa cruz grande preparé las cosas para la misa en una mesa que me prestaron en el hotel. Hubo que enterrar un poco las patas de la mesita porque el viento se llevaba todo, también la mesa. Desde allí esperé a que cada uno del grupo viviera en intimidad los primeros momento en el cementerio. Muy pocos podían encontrar el nombre que amaban. Ya sabían que iba a ser así, pero igual era duro. La mayoría elegía una cruz por algún motivo que sólo Dios conoce.

Lejos de donde yo me encontraba, casi en el otro extremo del cementerio, estaba Ricardo. Desde donde lo veía su figura se recortaba en el horizonte. Era alto. Quieto, miraba la cruz que sí tenía el nombre de su hermano. “Al menos yo tengo ese consuelo, sé donde está.” Se protegía del frío con la cabeza cubierta por la capucha de su campera verde oliva y las manos en el bolsillo. No se movía. Era un ciprés. Gracias a él pude ver ese pequeño grupo como un bosque de veinte cipreses que con su fe convertían ese lugar en un dormitorio.

Ricardo me había dicho un rato antes que no participaría de las misas porque no quería ser hipócrita y hacer algo que no sentía. Él no hablaba de Dios sino de la energía que estaba en toda la creación, y lo hacía con mucho entusiasmo y convicción. Charlamos mucho. En las misas nos acompañó a cierta distancia pero interiormente cerca. Había hecho el servicio militar al mismo tiempo que su hermano y, mientras uno fue a combatir a Malvinas, el otro se tuvo que quedar en un regimiento en Buenos Aires, en donde veía cómo la ayuda destinada a su hermano y sus compañeros en el frente era desviada para beneficio de otros que se encontraban en otro frente, en la primera línea de la corrupción. Aún se le notaba la bronca de haber tenido que cargar con sus manos camiones que nunca llevarían esos víveres hacia su hermano, que tanto los necesitaba. “¡Ay de los que convierten el derecho en veneno y echan por tierra la justicia! (...) Por eso, esas casas de piedras talladas que ustedes construyeron, no las habitarán... Porque yo conozco la multitud de sus crímenes y la enormidad de sus pecados”, dijo el Señor a través del Profeta Amós hace ya muchísimo tiempo. (Am. 5).

Durante la misa en el cementerio viví otra experiencia del Espíritu que nos enmudece. El silencio y la soledad del paisaje hacían que el momento fuera de una emoción imposible de controlar. El viento y el frío eran una presencia que abrumaba. El recuerdo de lo que habrían vivido los soldados en esas islas y en invierno helaba aún más que el viento.

No pude casi hablar. Leí el salmo del buen Pastor:

*El Señor es mi pastor,
nada me puede faltar.
Él me hace descansar en verdes praderas,
me conduce a las aguas tranquilas
y repara mis fuerzas;
me guía por el recto sendero,
por amor de su Nombre.
Aunque cruce por oscuras quebradas,
no temeré ningún mal,
porque tú estás conmigo:
tu vara y tu bastón me infunden confianza.
Tú preparas ante mí una mesa,
frente a mis enemigos;
unges con óleo mi cabeza
y mi copa rebosa.
Tu bondad y tu gracia me acompañan
a lo largo de mi vida;
y habitaré en la Casa del Señor,
por muy largo tiempo.*

Todos fueron respondiendo a cada estrofa: “*El Señor es mi pastor, nada me puede faltar*”. Escuchar esas palabras llenas de confianza dichas por ese grupito de personas sacudidas por el viento de todo el Atlántico, rodeados de esa soledad y temblando de frío era demasiado.

En el momento del Evangelio leí las Bienaventuranzas. Lo hice con un hilo de voz. Realmente en ese lugar y en ese momento sólo las palabras del sermón del Monte eran posibles.

“Al ver a la multitud, Jesús subió a la montaña, se sentó, y sus discípulos se acercaron a él. Entonces tomó la palabra y comenzó a enseñarles, diciendo: ‘Felices los que tienen alma de pobres, porque a ellos les pertenece el Reino de los Cielos. Felices los pacientes, porque recibirán la tierra en herencia. Felices los afligidos, porque serán consolados. Felices los que tienen hambre y sed de justicia, porque serán saciados. Felices los misericordiosos, porque

obtendrán misericordia. Felices los que tienen el corazón puro, porque verán a Dios. Felices los que trabajan por la paz, porque serán llamados 'hijos de Dios'. Felices los que son perseguidos por practicar la justicia, porque a ellos les pertenece el Reino de los Cielos. Felices ustedes, cuando sean insultados y perseguidos, y cuando se los calumnie en toda forma a causa de mí. Alégrese y regocijense entonces, porque ustedes tendrán una gran recompensa en el cielo; de la misma manera persiguieron a los profetas que los precedieron'." (Mateo 5)

La homilía fue muy breve y no hacía falta más. Viví con intensidad la experiencia de prestar mi voz a las palabras de Jesús y hacer así presente al Señor en ese lugar. Experimenté conmocionado mi sacerdocio. Me sentí mediador entre Dios y esos hombres y mujeres doloridos, entre Dios y esos hombres que estaban ahí enterrados y entre esos muertos y sus familiares.

Mediación. Instrumento vivo. Lugar de paso que quiere ser justamente eso. Espacio de encuentro más allá de lo imaginable y muchísimo más allá de lo explicable. Y todo eso en el acto de prestar mi voz que no salía. Tenía que gritar para que el viento no impidiera oír pero mi garganta no respondía. Yo seguía adelante con la poca voz que me quedaba y me decía a mí mismo "sólo tenés que leer". Las palabras tenían su propio peso. No sólo eran semilla, eran fruto. Sólo tenía que leer y al hacerlo repetir la escena del Sermón del Monte.

En realidad, la vivencia era que no nos separaban de aquel día, ocurrido hace dos mil años, ni el tiempo ni la distancia. Nada nos separaba, era el mismo instante que ahora aquí en estas islas sonaba como un eco. Y era mi voz la que daba sonido a ese eco y el momento que vivíamos era el hueco que hacía rebotar el eco. Era como si las mismas palabras de Jesús estuvieran rebotando en la vida de cada uno de los que estábamos ahí escuchando. En las nuestras y en las vidas de todos aquellos que yacían ahí, en ese frío helado y en esa tristeza infinita. En todas esas vidas se podía duplicar el Sermón de las Bienaventuranzas, en todos esos huecos de dolor rebotaba el eco de aquel instante único que se repite cada vez que en el dolor se escucha la voz de Jesús.

Algunas aves de rapiña y algunas hienas merodeaban dentro de algunos corazones intuyendo un festín. De todas ellas la peor era la bronca. La bronca es una alimaña que siempre quiere su parte de parásito cuando el dolor es muy grande. Tiene una extraordinaria capacidad de mimetizarse con el entorno y cuando se pone a rondar cerca de un dolor

es difícil poder verla. Se pega al dolor y es difícil saber cuál es cuál. La bronca estimula al dolor y lo hace más grande para así alimentarse ella mejor. Sentí que las bienaventuranzas actuaban como la mejor defensa contra ese peligro. Es un texto que anula la bronca y deja al dolor solo, único, terrible, pero curable. El Evangelio libera al dolor de aquellas trampas que, en lugar de disminuirlo y enriquecerlo, lo agrandan, lo confunden y lo mantienen vivo.

Son tantos los textos en la Biblia que nos hacen escuchar el sufrimiento de ese pueblo que erraba en el desierto buscando la tierra prometida, que hay un género literario propio en los libros sagrados: la lamentación. Es una forma de oración en la que se sacude el alma que expone ante Dios todo su dolor. Pero no es lo mismo la lamentación que la queja y la protesta. La lamentación es llorar ante Dios que es Padre y es capaz de soportar los gritos de sus hijos y nos permite pelearnos con él. Las quejas generan nuevas heridas, si las reemplazamos por oración nuestro corazón se limpiará y ahorraremos a los demás cargar con un dolor que es nuestro y no de ellos.

La misa en el cementerio era oración de lamentación. Tan fuerte como el viento del océano el Espíritu del Señor soplaba sobre las heridas de los corazones. Repetíamos la última cena de Jesús. “Hagan esto en memoria mía.” Repetíamos en el sacramento su muerte. “Dios mío, Dios mío, ¿por qué me has abandonado?” ; y en nuestro corazón experimentábamos su promesa: “y yo estaré con ustedes hasta el fin del mundo”.

Juan Pablo II enseña que el dolor es una realidad que los hombres compartimos con el reino animal, pero que lo propiamente humano no es el dolor sino el sufrimiento, porque solamente el hombre, cuando siente el dolor se pregunta por qué, y si no encuentra una respuesta el dolor se convierte en sufrimiento.

El sufrimiento está unido a la pregunta ¿por qué? El hombre hace esta pregunta a otros hombres, o el hombre se la hace a Dios. El hombre no hace esta pregunta al mundo, aunque muchas veces el sufrimiento provenga de él, sino que la hace a Dios como Creador y Señor del mundo. Y dice el Papa: “El hombre dirige esta pregunta a Dios, con toda la conmoción de su corazón y con la mente llena de asombro e inquietud; Dios espera la pregunta y la escucha”.

Dirigir esta pregunta a Dios es sacarla del ámbito de la queja o la filosofía de café sobre el bien y el mal, y convertirla en oración. Eso

estábamos haciendo en ese cementerio: convirtiendo el dolor en oración. Se puede pensar que muchos de los que estaban ahí no lo vivieron de esta manera y que para ellos la misa fuera simplemente lo que hay que hacer cuando alguien se muere o cuando se recuerda a los muertos. Que sólo estuviéramos cumpliendo con una convención social. Hay que llamar un cura, hay que rezar, hay que ir a misa, hay que decir que creemos. Hay que. Suena a un mandato no a una oración. Sí, se lo puede pensar, pero ahora, cuando ya todo está lejos y en el recuerdo, o cuando alguien te lo cuenta. Pero los que estábamos ahí no podíamos pensar. Estábamos viviendo algo tan intensamente que no había lugar para la teoría ni para el sentimentalismo.

Cuando se decía “esto es mi cuerpo”, eso era su cuerpo. No hacía falta organizar una bella ceremonia ni motivar una “participación activa en la liturgia”, ni dar una charla sobre la oración de lamentación. A cada rato me volvía a la cabeza la frase de Pedro “¿adónde vamos a ir? Tú tienes palabras de vida eterna”. No teníamos adónde ir. Nos dolía todo. Escuchábamos palabras de vida eterna y sonaban a música celestial. Eso era todo y no hacía falta más.

Sebastián y Magdalena estaban en una situación especial. Ellos no tenían en el cementerio ninguna cruz para visitar. Tanto el padre de Sebastián como el hermano de Magdalena habían sido pilotos de la Fuerza Aérea y habían desaparecido en el mar. Caminamos con ellos los 500 metros que nos separaban de la costa para que dejaran sus flores en el agua. Como la costa de las islas es muy irregular es común encontrarse con entradas del mar que a simple vista parecen lagos porque uno no puede ver el estrecho que une ese espejo de agua al mar abierto. Ahí, en Darwin, un brazo de ese inmenso océano Atlántico se aproxima al cementerio.

La presencia de Sebastián en el grupo fue muy importante. Era el más joven, la guerra para él era un recuerdo de la infancia y el punto de partida de su admiración por su padre-héroe-de-Malvinas y por su madre-heroína-de-la-vida. En el aeropuerto de Río Gallegos había una foto de su papá y su niñez y juventud había transcurrido acompañando a su madre y hermano a diversos homenajes. Quería conocer Malvinas, quería ver y tocar todo. Quería contar a sus dos pequeños hijos que había estado ahí. Recuerdo su cara cuando me preguntó qué sentirían sus hijos el día de mañana por su abuelo y le dije que seguramente sentirían la misma admiración que él pero sin el dolor que él sentía, que no hacía falta sentir dolor para sentir admiración. Abrió los ojos muy grandes y creo que descubrió algo en ese momento. Compartíamos la habitación y

charlamos muchísimo. Todo el grupo lo quería y él estaba siempre dispuesto para todo.

Con Magdalena hablamos poco. No hacía falta hablar demasiado. Ella era inseparable de Doña Emilia, una pequeña y enorme mujer. Eran muy distintas en edad y en todo, pero fueron la demostración viva de lo que puede el amor. Tanto una como otra irradiaban afecto. Doña Emilia se levantaba siempre a las cinco de la mañana aunque nos hubiéramos acostado a las cuatro y media. “Es que a esa hora le doy de comer a las gallinas”, explicaba mientras hacía un gesto con su mano. Era un gesto tan preciso y tantas veces hecho que a uno le parecía ver caer el alimento y sentir el corretear de las gallinas a su lado. Esas mismas manos rugosas por la vida y por el reuma arañaban ahora la tierra de ese cementerio tan lejos de su Chaco natal. Sebastián y yo apenas podíamos contenerla mientras golpeaba esa tierra exigiéndole a ella y a Dios que le devolvieran lo que era suyo. Y momentos después esas manos se juntaban en oración o iban de un lado a otro en caricias y gestos de servicio.

Magdalena la cuidaba mucho. Su hermano había sido uno de esos heroicos pilotos que en vuelos rasantes viajaban desde el continente a metros del agua para esquivar radares. Ahora intercambiaba con Doña Emilia miradas y sonrisas cómplices, se divertían a pesar del dolor porque había entre ellas un afecto muy especial y verdadero. Se podía adivinar en ellas a aquel oficial de la Fuerza Aérea y a aquel soldadito chaqueño unidos por el mismo destino y por el mismo amor a la Patria. La vida sigue. Algunas mañanas, cuando me cuesta levantarme, pienso que Doña Emilia ya le dio de comer con amor a las gallinas, siento un poco de vergüenza y me levanto enseguida.

Capítulo cuatro

Tierra santa

Mount Longdon queda cerca de Puerto Argentino. Unos veinte minutos de combi hasta que se acaba el camino y después unas dos horas de caminata hacia arriba por un terreno difícil. Fue duro, muy duro caminar entre los agujeros de las bombas y recorrer ese lugar en el que se encuentran restos de las cosas destruidas por la guerra.

Mirábamos sin tocar nada y nos acercábamos a algunos lugares casi en puntas de pie. Nunca estuve en Tierra Santa en los caminos que caminó Jesús, pero no creo que en ese lugar pueda tener una sensación muy distinta. Pisábamos una tierra que era sagrada, santa. Estábamos en un lugar consagrado por la sangre inocente. El viento, el frío y la niebla de ese día de noviembre nos hacían imaginar lo que habría sido ese sitio en los meses mucho más fríos en los que estuvieron nuestros soldaditos. “Todo lo que hicieron a uno de estos pequeños a mí me lo hicieron”, dice el Señor.

Mientras caminaba yo me admiraba especialmente de la fuerza de esas madres. Si a mí me dolía el alma de esa manera, ¿qué sentían ellas al caminar por ese lugar, en el que sus hijos habían sufrido lo indecible y finalmente habían muerto?

Cuando regresábamos descubrí la respuesta. Todos estaban mejor que en el camino de ida. Ahora habían visto. Siempre es peor no ver. Por terrible que sea es mejor saber, tocar, llorar. Sus hijos habían dejado de ser “desaparecidos”. La palabra hizo recordar otros dolores.

Capítulo cinco

Despedidas

El último día visité en su casa a James y María, él malvinense y ella porteña, ambos pintores. El amor no conoce de límites ni de banderas y allí estaban ellos, con su proyecto de familia y sus sueños abiertos al futuro. Antes de irnos, en la Iglesia Católica de Puerto Argentino compartimos la misa con la pequeña comunidad católica de las islas. Nos recibieron con muchas sonrisas y afecto. Después de la celebración nos ofrecieron, en la casa del párroco, té, café y muy ricas tortas. El mismo sacerdote y las personas que lo acompañaban nos sirvieron y atendieron con hospitalidad y afecto. La casa era pequeña y nuestra numerosa presencia obligaba a ocupar hasta el último rincón. Alguno dijo que eso parecía “una invasión argentina” y todos reímos. Seguramente en otra parte había un salón parroquial más amplio pero era evidente que ellos querían abrirnos “su casa”. Ese gesto, las tortas, las sonrisas, eran el lenguaje común y sin palabras que permitía superar las barreras de los idiomas diferentes y de todas las dificultades que tenía el encuentro de dos grupos tan distintos.

En ese momento recordé la frase: “la belleza del amor que comparte el dolor”. Ahora puedo citar el texto completo del cardenal Martini:

“... se me ha ido metiendo cada vez más en el corazón la pregunta que Dostoievski, en su novela El idiota, hace por labios del ateo Hippolit al príncipe Myskin. “¿Es verdad, príncipe, que dijisteis un día que al mundo lo salvará la belleza? Señores -gritó fuerte dirigiéndose a todos - , el príncipe afirma que el mundo será salvado por la belleza... ¿Qué belleza salvará al mundo?”

El príncipe no responde a la pregunta, igual que un día el Nazareno, ante Pilato, no había respondido más que con su presencia a la pregunta “¿qué es la verdad?”. Parece como si el silencio de Myskin - que con infinita compasión de amor se encuentra junto al joven que está muriendo de tisis a los dieciocho años - quisiera decir que la belleza que salvará al mundo es el amor que comparte el dolor”.

Tanto Dostoievski como Martini son creyentes y artistas, saben ver la belleza que va más allá de las modas estéticas, de lo bonito, lo prolijo, lo decorativo. Saben que la belleza humana es parte de la belleza de la naturaleza que se expresa siempre en tensiones trágicas de vida y muerte, de dolor y alegría, de sueños y esfuerzo. Saben que no es la belleza aburrida y sofisticada de “los cultos” ni la belleza barata de la moda cara. Los artistas y los creyentes verdaderos nos enseñan cosas raras, nos enseñan otra belleza, nos enseñan, por ejemplo, a conmovernos hasta las lágrimas ante la belleza deslumbrante de las flores de plástico en el cementerio de Darwin.

No fue fácil volver y es imposible olvidar. Estaba muy cansado y sólo sabía que me iba a llevar muchos años incorporar todo lo vivido. El viaje de vuelta fue complicado y con demoras. Lo que recuerdo con más claridad son los comentarios del taxista que desde el aeroparque me llevaba a mi casa. Hablaba de las calles rotas y de lo imposible que era vivir en Buenos Aires con tantos embotellamientos. Sus palabras, tan simples, tantas veces escuchadas a otros o dichas por mí, me sonaron sorprendentes y extrañas. ¿Quién podía preocuparse por eso?

Desde entonces, cada vez que siento el viento en la cara, o escucho su sonido en la ventana, recuerdo esos días en Malvinas. Y le doy gracias a Dios por la fe de aquellos que creen en Él desde el dolor. Y porque ese viento, anterior a las banderas, me enseñó para siempre a soplar sobre las heridas, las de otros y las mías. Así, la palabra “espíritu” que quiere decir “viento - aire”, se llenó de otro sentido y pude entender por qué al Espíritu Santo, el Espíritu de Jesús, se lo llama en la Biblia “Espíritu-lleno-de-consuelo”.